El significado del mundo en 1991*

Lothar G. Knauth

El nueve de noviembre de 1989, a raíz de un gran movimiento cívico, ciertos miembros del Comité Central del Partido de la Unidad Socialista cuya hegemonía estaba todavía garantizada por la constitución de la República Democrática Alemana (RDA) decidieron abrir sus fronteras. Este Estado, considerado el más avanzado dentro de los países del “socialismo realmente existente”, había cerrado sus accesos herméticamente el 13 de agosto de 1961. Desde entonces, el carácter contradictorio de esa medida fue destacado por diversos observadores.

Aunque pregonada como frontera de la paz, su función básica fue evitar la fuga de la población. No sorprendió que la caída metafórica, o más bien, la apertura real del Muro de Berlín, se haya convertido en uno de los grandes eventos de los medios de comunicación masiva del mundo entero. Aunque tendía a olvidarse el hecho —lo que fue aún más significativo—, para los ciudadanos de la RDA esa “caída” resultó en un libre paso por la así llamada “franja de la muerte”, que a lo ancho de 6,000 metros y a lo largo de más de medio millar de kilómetros, había separado durante 18 años a los habitantes de las dos Alemanias.

Apenas un mes antes, el 7 de octubre, la RDA había celebrado, con desfiles militares y en presencia del jefe del Estado soviético, Mijail Gorbachov¹, su cuadragésimo aniversario, evento que fue contrapunteado por disturbios que antecedieron por dos días a una gigantesca manifestación en Leipzig. En esta ciudad, la segunda en importancia del “Estado de obreros y campesinos”, cientos de miles de manifestantes, de cara a la presencia

* Originalmente aparecido en *Signos*, Anuario de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. 1991, año VI, 1991, pp. 277-290. Se reproduce con autorización del autor.

1. Mijaíl Serguéyevich Gorbachov 1931 http://es.wikipedia.org/wiki/Mija%C3%ADL_Gorbachov (Consulta: 20/05/2009.)

de miles de efectivos militares y paramilitares, fueron a corear: “¡Somos el pueblo!” y “¡Democracia aquí y ahora!”, aunque la más significativa expresión de la ruptura con el pasado fue: “¡Ninguna violencia!”.

Luego de diez días renunció Erich Honecker², uno de los más añejos jefes de Estado estalinistas-brejnevianos. Ahondó la crisis la revelación de que él y sus allegados, los que más se habían jactado de ser producto del pueblo en un Estado igualitario, habían gozado, de hecho, de privilegios que la mayoría de “su pueblo” nunca pudo haber soñado.

Se restableció lo que el movimiento cívico exigía con más énfasis: libertad de reunión para todos y supresión de poder para aquéllos que más habían gozado de él, al restringir los derechos de los ciudadanos en nombre de la protección del “pueblo” y de la defensa de los logros del socialismo.

El caso de la República Democrática Alemana resultó simbólico para aquéllos que valoraban más las definiciones propagandísticas que las realidades de la complejidad histórica, ya que el Muro había demostrado su capacidad para dividir nítidamente el mundo en campos del bien y del mal. Sin embargo, no era el único Estado en el cual la exigencia de reformas políticas y reajustes de poder demostrarían la divergencia entre discursos oficiales y realidades económico-político-sociales.

Los eventos en China, a principios de junio ese año, habían sido ominosos. Allí, el poder estatal, en manos del partido comunista, optó por la represión sangrienta de un movimiento estudiantil que se había nutrido de la difusión internacional de sus demandas. Una “solución china” parecía factible también en el caso de los eventos de Europa oriental e inclusive dentro de la propia Unión Soviética. El gobierno de la RDA había felicitado a los camaradas chinos por sus medidas drásticas. No obstante, ciertos eventos en Hungría y Polonia ya habían eliminado, prácticamente, la hegemonía de sus partidos marxista-leninistas únicos, y pronto otros estallidos populares iban a cambiar también las reglas del juego en Bulgaria y Checoslovaquia, y de manera más violenta en Rumania, dejando entre los países ortodoxos europeos con aparato represivo intacto sólo a Albania.

2. Erich Honecker 1912 http://es.wikipedia.org/wiki/Erich_Honecker (Consulta: 2005/2009.)

Los espacios de actuación política que se abrieron se prestaban también a la lucha entre etnias, demostrando que los regímenes represivos habían prohibido, pero no eliminado, las contradicciones inherentes a los procesos históricos del Estado nacional con minorías étnicas. Posiciones ideológicas que meses antes parecían aún determinantes y fuera de cualquier discusión, demostraron entonces su condicionamiento por relaciones de poder concretas. No sólo en Europa, pero especialmente ahí, el principio de una reevaluación de todos los valores había comenzado cinco años antes con la llegada al poder de Mijail Gorbachov, miembro de una nueva generación de líderes soviéticos conscientes de que el nombre del juego era incrementar la capacidad de producción industrial, y que ello no se lograría sin la movilización óptima de todos los recursos humanos, especialmente de aquéllos que podían contribuir con interpretaciones críticas de la sociedad tal como existía, con todas sus lacras, deficiencias y contradicciones. Al darse cuenta de que sin una infraestructura de información confiable cualquier intento de reformas fracasaría por las trabas de los órganos que controlaban los insumos y la difusión de la información, Gorbachov abogó por la transparencia (*glasnost*) en la información como condición de una reestructuración (*perestroika*). Ambos conceptos surgidos de los informes de la KGB³ a los que Gorbachov tuvo acceso gracias a su protector Andropov⁴, los cuales captaban, mejor que los discursos oficiales, las fallas estructurales de la economía de mando que, administrada por una burocracia letárgica, había convertido cualquier informe no triunfalista en secreto de Estado.

Al hacerse evidentes las debilidades existentes, no sólo para la dirigencia sino también para amplios sectores del público soviético, se iba borrando la “imagen del enemigo de clase”, utilizado desde la toma de poder por Stalin, como excusa para mantener durante décadas una suerte de “comunismo de guerra”. Aumentaron los ataques a la casta de los *apparatchiki*⁵ privilegiados,

-
3. Siglas castellanizadas del Komitet Gosudárstvennoi Bezopásnosti, traducido como Comité para la Seguridad del Estado <http://es.wikipedia.org/wiki/KGB> (Consulta: 20/05/2009.)
 4. Yuri Vladimirovich Andropov (1914-1984) http://es.wikipedia.org/wiki/Yuri_Andropov (Consulta: 20/05/2009.)
 5. Es una palabra que en la URSS y en otros estados comunistas designaba a los miembros del aparato del Estado. Por extensión se usa como un usufructuario de privilegios derivados del sistema político; inclusive se habla de *apparatchiki* neoconservadores en el gobierno de George W. Bush. Véase: <http://fr.wikipedia.org/wiki/Apparatchik> (Consulta: 20/05/2009.)

que se interesaban más en la manipulación de la escasez que en la creación de bienes y servicios propios de una sociedad industrializada. Además, la aventura de Afganistán se había convertido en el equivalente funcional del desastre de Vietnam para los estadounidenses: en ambos casos la solución militar demostró no ser una alternativa viable. De esta forma y a la larga, estrategias basadas en estereotipos de la Guerra Fría, muchas con cuarenta años de añejamiento, parecían volverse obsoletas.

Al desdibujarse la “imagen del enemigo” perdieron su relevancia, tanto la Organización del Tratado del Atlántico Norte, la alianza militar trasatlántica encabezada por los Estados Unidos, como su contrapartida, el Pacto de Varsovia, instrumento del poder soviético. Había emergido una Europa que pensaba, en primer lugar, en el desarrollo de nuevas tecnologías y formas de organización para ganar mercados, frente a la pujanza que estaban manifestando las economías de reciente industrialización en el Asia del Pacífico, con Japón como modelo. Un instrumento adecuado en esta lucha por maximizar las ventajas del modo de producción industrial, parecía darse en la creciente dinámica de la Comunidad Europea. Gorbachov, que había acuñado el aforismo “al que llega tarde la vida lo castiga”, se puso del lado de los optimistas al hacer surgir el sueño de una “Casa común europea” que incluiría también a los países de Europa oriental y la Unión Soviética.

En América Latina, el cambio de gobierno en Nicaragua, a partir de una elección libre, se relaciona con los trastornos en el campo socialista en Europa, aunque se trata, antes que nada, en la capacidad de negociación que los sandinistas utilizaron con habilidad en el proceso cambiante de fuerzas internacionales.

Otros incidentes que demuestran la interrelación de eventos a fines del siglo XX, fueron los arreglos de los súper-poderes con los “Estados del frente” en el sur de África, en los conflictos enfocados en Angola y Mozambique, Namibia y África del Sur, así como en la guerra que involucró a Etiopía y Eritrea en el cuerno de África oriental. Además, se atenúo el conflicto entre Marruecos y Argelia respecto del Sahara Occidental, reclamado por el Frente Polisario⁶. Sin embargo, otras varias guerras civiles, golpes de Estado

6. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Frente_Polisario (Consulta: 20/05/2009.)

y movimientos contra gobiernos unipartidistas, comprobaban la deficiente estabilidad política del “continente negro”, aun después de haberse reducido su papel de palenque de los súper-poderes.

En el subcontinente índico siguió la confrontación entre hindúes y musulmanes, tanto entre sus estados representativos, India y Pakistán —que como aliado de los Estados Unidos apoya también la resistencia a musulmanes fundamentalistas en Afganistán—, como en las luchas intestinas entre grupos religiosos. Entre estas luchas, la de los *siy* probó ser especialmente virulenta. En Sri Lanka, además, se enfrentaban hindúes y budistas en una guerra civil que involucra, asimismo, a la India.

Aunque la lucha proseguía entre las facciones contendientes de Camboya, en general se puede decir que, en parte por el papel conciliador de la Asociación de las Naciones del Sureste de Asia, la región, con excepción en la guerrilla endémica de Filipinas, puso su vista en la incorporación de sus jóvenes industrias a los mercados regionales e internacionales.

Oceanía se dividió entre los países de inmigración primordialmente europea, Australia y Nueva Zelanda, que intentan balancear su papel tradicional de exportadores de materias primas con una creciente industria de alto nivel tecnológico, y las numerosas islas de Melanesia, Polinesia y Micronesia, con sus mini-estados, dependientes de recursos naturales, como minería y pesca, y una todavía limitada infraestructura turística y de comunicaciones. Subsistía la lucha por la independencia en Melanesia y Polinesia, territorios bajo control francés. En general es dudoso que esta región se haya beneficiado de la atenuación de la confrontación soviético-estadounidense que le había traído considerables subvenciones.

En el este de Asia, el foco de estabilidad, si no de liderazgo mundial, era el Japón, mientras que la gigantesca China Popular se debatía entre las alternativas de desarrollo económico con o sin libertad política, tanto de las diferentes capas de la población como entre sus minorías étnicas, así como en los variados grados de injerencia del mercado en los procesos de redistribución de los excedentes económicos. Subsiste el problema de la reincorporación de Hong Kong, planeado para 1997, y Macao, para el último año del siglo XX. Además está el caso de Taiwán que, como “República de China”, no ha abandonado el sueño de ver aceptado, por el continente, su modelo de desarrollo socio-político, pero especialmente de éxito económico. Triun-

fos en los mercados internacionales han servido también a la República de Corea, en el sur de la península, más que las reglas de gobierno unipartidista y unipersonal de Kim Il-sung⁷, de la República Popular en el norte, con su énfasis en la ortodoxia ideológica. No obstante, se puede considerar la línea divisoria de la península de Corea como uno de los últimos resabios de la Guerra Fría: hace cuarenta años ésta se convirtió en la primera confrontación militar abierta. En Mongolia, tradicional satélite de la URSS, se repite el impacto que *glasnost* y *perestroika* llevaron consigo en las repúblicas asiáticas del Estado soviético.

También en Latinoamérica la fase terminal de la Guerra Fría resultó en cambios de las reglas del juego, acompañados del temor de que las fuerzas estadounidenses liberadas del deber de tender cercos al bloque soviético, estarían disponibles para acciones policíacas en la región. Tal temor parecía probarse como justificado con la invasión de Panamá a fines de 1989. En general, a pesar de la continuada injerencia norteamericana en El Salvador, el persistente bloqueo económico de Cuba y la amenaza de utilizar unidades militares en el control del tráfico de drogas, las medidas neoliberales de los países con gobiernos de democracia representativa, a los cuales se unieron Chile y Paraguay, volvieron poco atractiva y productiva la alternativa de intervención militar.

La región donde permanece determinante la motivación religioso-ideológica en las constelaciones de poder es el suroeste de Asia, comúnmente llamado Cercano o Medio Oriente. Ahí el Islam se relaciona íntimamente con la unidad cultural que provee el idioma árabe, a excepción de los casos de Turquía, Irán y, desde luego, Israel. Es la región donde se gestó el afán expansionista del mundo euro-americano, que insiste en los privilegios derivados del hecho de pertenecer a valores y comunidades de estirpe judeo-cristiana, portadores de la civilización y del progreso económico, industrial y científico. Éste se enfrenta a un supuesto oscurantismo del Islam, que enfatiza la unidad religiosa e insiste en la unión de los valores religiosos y seculares, aunque ellos, en última instancia, deben su vigencia a la subsistencia de una sociedad de pastores, comerciantes y pequeños agricultores. Ésta había perdido su capacidad bélica frente a un ejercicio de la violencia cada día más sofisticado por los

7. Véase http://en.wikipedia.org/wiki/Kim_Il-sung (Consulta: 20/05/2009.)

países industrializados, que estaba respaldada por los productos que acarrearba la revolución industrial dentro de un proceso histórico prolongado.

En el siglo XX, el mundo europeo, ahora con su extensión trasatlántica, generó otra vez una injerencia en el suroeste de Asia, con la presencia demográfica del Estado judío proveniente de Europa, que había sido eliminado desde el término de las Cruzadas a fines de la Edad Media. Se basó en la idea de la primacía del Estado territorial, en el cual se fusionarían identidades históricas y lingüísticas con otras peculiaridades culturales, e incluso se insistía en parámetros supuestamente biológicos, dando lugar a la discriminación racial. Era un engendro de la tradición de un “Occidente” que gozaba de definiciones conceptuales nítidas, potencialmente convertibles en ortodoxias ideologizantes. Así, fe, clase y nación se convirtieron en principios de organización social y política. Como resultado unido al nuevo modo de producción industrial, proporcionado por su potencial expansionista y destructor, nació en los albores del siglo XIX el concepto del Estado-nación. Cuando, frente a las crisis que la sociedad industrial produjo en el ámbito social, la identidad nacional parecía un punto de unión esencial y trascendental, y la existencia nacional en un territorio determinado se volvió un criterio importante de la modernidad.

Uno de los desenlaces patológicos del nacionalismo del siglo XX, el Estado nazi, convirtió a los judíos en apátridas por excelencia y dictaminó su exterminación como solución final en 1942. Frente a ello, pareció ser un acto de justicia, no sólo el establecimiento de un “hogar judío”, como el gobierno británico ya había prometido en 1917 durante la Primera Guerra Mundial, sino aun la resucitación de un nuevo Estado. De esta manera nació la idea de que el pueblo judío, disperso por casi dos milenios, debía ser “acogido” en su propio Estado-nación. Regresaría a su “patria” original, Palestina –territorio que constituía uno de los restos del derrotado Imperio Otomano– que había que tenido que abandonar hacía siglos.

Desde que Theodor Herzl⁸ postuló el concepto de un Estado judío en la última década del siglo XIX, un renovado influjo de colonos judíos en

8. Theodor Herzl (1860-1904) http://es.wikipedia.org/wiki/Theodor_Herzl (Consulta: 20/05/2009.)

tierras palestinas produjo choques con la población, tanto musulmana como cristiana que habitaba ahí. Esta contradicción fue utilizada por la propaganda nazi durante la Segunda Guerra Mundial en su lucha contra los ingleses que administraban la región y que, antes que nada, habían atizado el problema judío por medio de la Declaración Balfour⁹. Así, existían tendencias en los países musulmanes que —aunque percibidas como pro alemanas— eran más bien anti-inglesas y que, por su oposición a un Estado judío, fácilmente podían ser tachadas como pro-nazis, básicamente. De esta forma, al nacer el Estado de Israel en mayo de 1948, los países aliados, incluyendo a los soviéticos, lo reconocieron inmediatamente. Así nació un acto de justicia con el perseguido pueblo judío, sin tomar en consideración que el nuevo Estado no podía haber existido sin la injerencia imperialista, que tenía como criterio de ciudadanía la descendencia biológica o la fe religiosa, lo que convirtió a la población no judía de ese territorio en residentes de segunda categoría.

La Unión Soviética y sus futuros aliados en la Guerra Fría, subsecuentemente apoyaron el movimiento anti-imperialista árabe al tomar la bandera de una guerra casi sagrada contra el Estado judío, en tanto que enclave del imperialismo occidental, y quien no se asociara con la causa del “Pueblo palestino” se incorporaría a la imagen del “enemigo de clase”, tan típica del discurso oficial de la confrontación este-oeste.

Había otro elemento en la creciente identificación de las causas árabes e islámicas con la lucha anti-imperialista y pro-liberación nacional: la existencia de un producto indispensable para la moderna sociedad industrial, la sangre de sus procesos, el petróleo, que se encontraba, bajo las mejores condiciones de explotación, precisamente en el suroeste de Asia, región indiscutible del mundo islámico. Y como la Guerra Fría fue, en primer lugar, una lucha por derivar de la industrialización el mejor efecto para destruir al enemigo o defenderse de él, obtener los insumos básicos del progreso industrial o privar al “enemigo” de ellos, determinó en gran parte la formación de alianzas y el papel de clientes. Desde luego, casi nunca se formuló el problema en estos términos, sino que siempre fue expresado en altisonantes consignas ideológicas. Al convertirse en campo de forcejeo entre los súper-poderes, el suroeste

9. Véase http://en.wikipedia.org/wiki/Balfour_Declaration_1917 (Consulta: 20/05/2009.)

de Asia ganó ventajas económicas que por lo común se convirtieron en arsenales bélicos que a su vez se tradujeron en capacidad de represión interna o en hegemonías regionales. El “moderno” nacionalismo casi nunca puede prescindir de elementos atávicos. Y el Islam —antes señalado como impedimento oscurantista por los “progresivos” expansionistas europeos— se volvió bandera redescubierta por las élites de la región en su la lucha por el poder. Aunque desde afuera el Islam puede ser estereotipado, como cualquier formación social contiene sus propias variantes y contradicciones. No cabe duda que son los estereotipos ideológicos los que más se prestan a la movilización para fines concretos. De ninguna manera se puede negar la importancia de antecedentes, vividos como victimarios o como víctimas de procesos históricos. No obstante, en última instancia, los procesos son inteligibles y analizables. Si en 1991 Saddam Hussein¹⁰ se presentaba o era presentado como encarnación del mal o salvador del orgullo árabe y/o islámico, tal imagen estaba condicionada por las trayectorias históricas de sus proponentes, impugnadores, seguidores, enemigos u observadores.

El Tercer Mundo, más concepto que realidad organizativa —cuyos postulados económicos en la década de los años setenta parecían tener en jaque a los países industrializados, gracias a arreglos internacionales que garantizarían ingresos elevados por la venta de materias primas o mediante barreras impuestas a la inversión extranjera, asegurarían con facilidad el desarrollo endógeno y soberano de la industria—, al depender más de la coerción política que de la movilización de los recursos humanos propios, se encontraba sumido en un marasmo de estagnación. Esta crisis sólo parecía garantizar el bienestar de antiguas y nuevas élites con poder financiero, que se enamoran de los flujos de capitales antes de crearlos. Son grupos de poder desde siempre acostumbrados a utilizar la manipulación de la sociedad civil y la fuerza coercitiva de un Estado más burocrático que eficaz —que es a la vez prebenda y botín— para llevar agua al propio molino.

Lo que sí parece haber triunfado es la sociedad industrial con su tremendo potencial para producir y redistribuir excedentes, y para retroali-

10. Saddam Husayn Abd al-Ma'd al-Takrīt, usualmente transcrito en los medios de comunicación como Saddam Husein (1937-2007) http://es.wikipedia.org/wiki/Saddam_Husein (Consulta: 20/05/2009.)

mentar sus procesos productivos, al mantener y crear novedosas y necesarias infraestructuras. Esta es la sociedad industrial a la cual el *Pequeño Diccionario de Filosofía Marxista-leninista*, publicado en 1974 en Berlín Oriental, había pontificado con desdén, que se trataba de un concepto que “carecía de valor científico, que no cumplía ninguna función de conocimiento, sino que sólo servía para defender las relaciones de producción capitalista”¹¹.

El desengaño de los paladines del socialismo realmente existente fue tal, que muchos que antes sólo pensaban en una economía de escasez artificial –y usufructuaban de ella–, y que abogaban por una planificación que dentro de sus parámetros garantizaría un mínimo de bienestar para una masa resignada de obreros y campesinos, cantaban entonces himnos a las ventajas del mercado como panacea y remedio del desastre que dejó la economía de mando a ultranza.

Tenemos también la contraparte: desde Washington se percibía la voz triunfalista de Francis Fukuyama¹² que no quedaba satisfecho con el derrumbe del aparato represivo del Estado de cuño leninista-estalinista-brejneviano, ni con el descalabro del materialismo histórico dogmático, sino que pregonaba de una vez por todas el “fin de la historia”. A secas, tal postulación peca tanto de ideologización como de yerros, en cuanto a la percepción del acontecer humano. Porque aun los desenlaces inesperados, que se antojan sensacionales, son en última instancia condicionados por antecedentes históricos. De esta manera, la separación del ser humano del proceso histórico, vivido o aprendido, conformador de su existencia, parece ser tan ilusorio como la realización de una utopía socialista por medio de discursos oficiales.

Lo que sí parece verificarse es el fin de un ciclo, de un periodo en el desarrollo de la sociedad moderna. Ciclo que a su vez está situado dentro de los procesos de la revolución industrial como desenlace que continúa y que, al enfrentar la necesidad de una movilización óptima de los recursos humanos, tiene que relacionarse tanto con las realidades de la sociedad civil –concepto

11. Manfred Buhr y Alfred Kosing (eds.) *Kleines Wörterbuch der Marxistisch-Leninistischen Philosophie*. Berlín, Dietz Verlag, 1974, p. 143.

12. Francis Fukuyama (1992) “La fin de l’histoire?”, en *Commentaire*, vol. 12, núm. 47, otoño de 1989. (Trad. de David Silva T de la versión francesa de Paul Alexandre.) http://es.wikipedia.org/wiki/Francis_Fukuyama (Consulta: 20/05/2009.)

que nació junto con el de mercado, con sus mecanismos contractuales y de oferta y demanda—, como con la capacidad ordenadora del Estado nacional, siempre bajo la amenaza de que la fuerza de ordenación y redistribución de una burocracia centralizante pudiese convertirse en trabas y lastres.

Si me preguntan cuáles son los libros que tal vez mejor que otros expresan ideas acerca de las prioridades del siglo XX que están perdiendo actualidad, nombraría dos. Uno sería el *¿Qué hacer?* de Lenin¹³, de 1902, que pregona la necesidad de confiar en una élite de revolucionarios profesionales que por medio de una cadena de mando central se convertirían en cuadros de un partido de vanguardia y quienes, por lo acertado —por lo ortodoxo— de sus análisis, guiarían al proletariado a su destino millenario, la sociedad sin clases, luego de marchitarse el Estado. El resultante marxismo-leninismo, a pesar del intento de Mao Zedong¹⁴ de dinamizarlo con un aumento de sensibilidad frente a las contradicciones inherentes de los procesos político-sociales, terminó, antes que nada, en una ortodoxia neo-escolástica o bien en una exégesis estructuralista, pero como realidad se perfiló en un desmedido énfasis en elementos subjetivos y voluntaristas que apremiaban el poder personal y carismático de la estirpe Lenin-Stalin-Mao.

El segundo libro, de menos fama pero no por ello de menos importancia, es *Reflexiones acerca de la violencia* de Georges Sorel¹⁵, que apareció seis años después del de Lenin. Nacido de la crítica de la sociedad burguesa de su época, Sorel veía en sus manifestaciones la bancarrota de los ideales del liberalismo, del humanismo y de la democracia parlamentaria, que declaró irrelevantes, tanto como las “consideraciones literarias, morales y sociológicas” para “la gente nacida fuera de los rangos de las clases medias”. Su remedio: recuperar “el gesto heroico por medio del ejercicio de una violencia liberadora”. Sonaba profético su enunciado de que el futuro perteneciera a

13. Lenin, pseudónimo de Vladímir Ilich Uliánov (1870-1824) <http://es.wikipedia.org/wiki/Lenin> (Consulta: 20/05/2009.)

14. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Mao_Zedong (Consulta: 20/05/2009.)

15. Georges Eugène Sorel (1847-1922) *Réflexions sur la violence*, París, 1908. Véase también “Georges Sorel: Class war and ethics of violence”, en Irving L. Horowitz (ed.) *The Anarchists*, Nueva York, Dell Publishing Co., 1964, pp. 522-545; y Giuseppe Amara, *La Violencia en la Historia*, México, Edicol, 1976, pp. 82-85.

aquel partido que con más perfección podría manipular el espectro de la revolución. Reconocía el “manantial” de las ideas socialistas nacidas en Marx, pero consideraba necesaria su “adaptación” a los hechos para ser “capaces de asumir el aspecto revolucionario”. De hecho, gran parte del siglo XX estuvo marcado por la invocación de una violencia transformadora; quizá por ello, cuando Sorel murió, en 1922, tanto Lenin como Benito Mussolini mandaron a sus funerales condolencias y coronas.

Al invocar el gesto heroico no se pensó aún en la relación entre violencia y poder industrial, ni en las contradicciones intrínsecas de éste. Para ello se necesitaron dos guerras mundiales que utilizaron la movilización de la capacidad productora de los países industrialmente avanzados para lograr sus desenlaces, que por fin culminaron en la bomba atómica y los cohetes intercontinentales, pero también en una industria militar en ambos bandos de la Guerra Fría que podía abastecer con armas “convencionales” a los países del llamado Tercer Mundo.

Pero las reflexiones acerca del potencial de violencia llevaron también al uso de la no-violencia en los proyectos de liberación por medio del cambio social y político. Su pionero fue Mohandas Gandhi¹⁶ en la India, y es significativo que también los cambios en la RDA empezaron con la consigna pacifista y de desobediencia civil que permitió el nacimiento de una oposición que insistía en “convertir espadas en arados”, de cara a un Estado altamente militarizado. Durante el proceso de cambio se había insistido en la consigna: “Ninguna violencia” (*Keine Gewalt*).

Tanto la productividad, como elemento satisfactor –erótico en términos freudianos–, como la violencia –componente destructor, tanático–, son fuerzas que subyacen en todos los procesos históricos. Estos elementos forman una díada dialéctica y persistirán, aunque sus manifestaciones ocurran como procesos de sublimación cuando se habla claramente de ellos.

Ello significa el fin de la Historia mito o de una Historia proyecto que se arroga demasiada trascendencia. La concatenación de la investigación científica con el desarrollo tecnológico y la producción industrial, ha

16. Mohand s Karamchand Gandh (1869-1948) <http://es.wikipedia.org/wiki/Gandhi> (Consulta: 20/05/2009.)

desmitificado gran parte de los procesos de la naturaleza y de las relaciones del hombre con ella. Sin embargo, los fenómenos que el hombre produjo en su actuación histórica, —el logro y la pérdida de poder político de individuos, grupos y naciones, la tendencia del hombre de producir para destruir— todavía atemorizan al no ser de fácil análisis. El temor se debe básicamente a nuestra insistencia en premisas ideológicas declaradas, que tienden a producir formulaciones que dan lugar a nuevos mitos creados lejos de todo adecuado y riguroso análisis.

La complejidad del proceso histórico aturde. No obstante, con los instrumentos que nos proporcionó el propio modo de producción industrial, ahora el análisis histórico se retroalimenta con datos de una complejidad antes considerada impenetrable. Los mismos instrumentos nos capacitan no sólo para comprobar nuestras hipótesis, sino también para corregirlas a partir de la incorporación de nuevos datos y relaciones causales menores. Es un proceso de análisis que desconoce límites culturales, temporales y geográficos. Para lograrlo, hay que preocuparse por un proceder altamente interdisciplinario relativo al análisis de cualquier fenómeno del quehacer humano, estando siempre consciente de lo específico de cada desenlace histórico.

Ante todo, la Historia es memoria de las experiencias humanas, de un género que tiene la capacidad de solucionar enigmas en coyunturas parecidas. Cada coyuntura histórica se conforma también por el proceso que la hizo surgir y, por lo tanto, es el análisis de ese proceso —si somos conscientes de nuestras propias premisas y prejuicios— que proveerá explicaciones de las actitudes y motivos de actuación del *otro*.

Al tomar nuestro discurso inventado como verdad, el afán de hacer coincidir nuestras predicciones con la realidad sufrió un contundente fracaso con el ocaso del proyecto de un “socialismo realmente existente”, ya que se comprobó que por proclamación no puede hacerse realidad una sociedad más humana. Lo mismo pasará con el sueño de que la “mano invisible” del mercado resolverá las contradicciones inherentes a la economía de mercado sin límites. Y la violencia, como gesto heroico o instrumento del poder de clase, nación o de individuos, tiene que liberarse de sus aspectos irracionales.

A fin de cuentas sigue vigente lo que el pensador existencialista danés, Sören Kierkegaard¹⁷, concluyó a mediados del siglo XIX: “La vida puede entenderse sólo viendo hacia atrás, pero se vive viendo hacia adelante”¹⁸.

Para nosotros, los historiadores, este “ver atrás” no debe ser mero proyecto de contemplación, sino un compromiso de riguroso análisis. En este sentido, lejos de asistir al fin de la historia, al separarnos de las historias-mito y de las historias-proyecto, nuestra tarea, la de hacer surgir una historia proceso en todas sus dimensiones, está apenas formulándose.

17. Søren Aabye Kierkegaard (1813-1855) http://es.wikipedia.org/wiki/S%C3%B8ren_Kierkegaard (Consulta: 20/05/2009.)

18. “Como valdría la pena recordarse de un pasado que no puede convertirse en presente” [... denn wie wäre es der Mühe wert, sich des Vergangenen zu erinnern, das nicht ein Gegenwärtiges werden kann]. Sören Kierkegaard, *Furcht und Zittern*. Reinbek/Hamburg, Rowohlt's Klassiker der Literatur und der Wissenschaft, 1961, p. 26.